



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE226103

EDITORIAL

Cada paso cuenta

Algunos viajes no terminan cuando se llega a destino. De hecho, es en ese momento cuando realmente comienzan. Hay peregrinaciones que conducen a un santuario y otras que atraviesan el dolor, la memoria, la esperanza o el arte, transformando a quienes las emprenden. Cada paso, cada cuesta, cada descenso, cada esfuerzo, cada mirada trae consigo y restaura un pedazo de vida. Este es el hilo conductor de este *Donne Chiesa Mondo*: el viaje como una experiencia humana, espiritual, cultural y emocional.

Comenzamos con cuatro amigas que han elegido recorrer juntas el Camino de Santiago, una de las rutas de peregrinación más antiguas y famosas del mundo cristiano, que lleva a la catedral de Santiago de Compostela en Galicia. No es solo la historia de un destino alcanzado, sino de una amistad que crece a través de las dificultades, las pausas, las confidencias y los silencios. Más cerca de Roma y más corto, pero igualmente intenso, es el camino que lleva al santuario de Mentorella, en los Monti Prenestini, un lugar de reflexión y contemplación. Lo mismo ocurre con el recorrido hasta el santuario de Santa Filippa Mareri, en la zona de Rieti, donde la memoria de la santa sigue hablando a los peregrinos a través de una espiritualidad de sencillez y hospitalidad.

Rosa Matteucci, escritora, relata la experiencia en Lourdes. Matteucci conoce bien este lugar emblemático para los fieles. El santuario, que el Papa **León XIV** visitará a finales de septiembre, sigue atrayendo cada año a millones de personas en busca de consuelo, esperanza y una cura.

También hay peregrinaciones que nadie elegiría emprender. Como la de las buscadoras de México: miles de madres, hermanas y esposas que recorren el país excavando tumbas clandestinas, atravesando tierras abandonadas, organizando manifestaciones y manteniendo viva la memoria de sus seres queridos fallecidos. La suya es una travesía civil que interpela la conciencia del mundo.

Finalmente, viajamos a la Capilla Sixtina. Allí también se camina, pero con la mirada: entre los frescos de **Miguel Ángel** y los grandes maestros del Renacimiento, en busca de las figuras femeninas que habitan uno de los lugares más célebres del arte universal. Mujeres, protagonistas o silenciosas, bíblicas o simbólicas, que aún hoy narran una parte esencial de la historia de la salvación y la humanidad.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

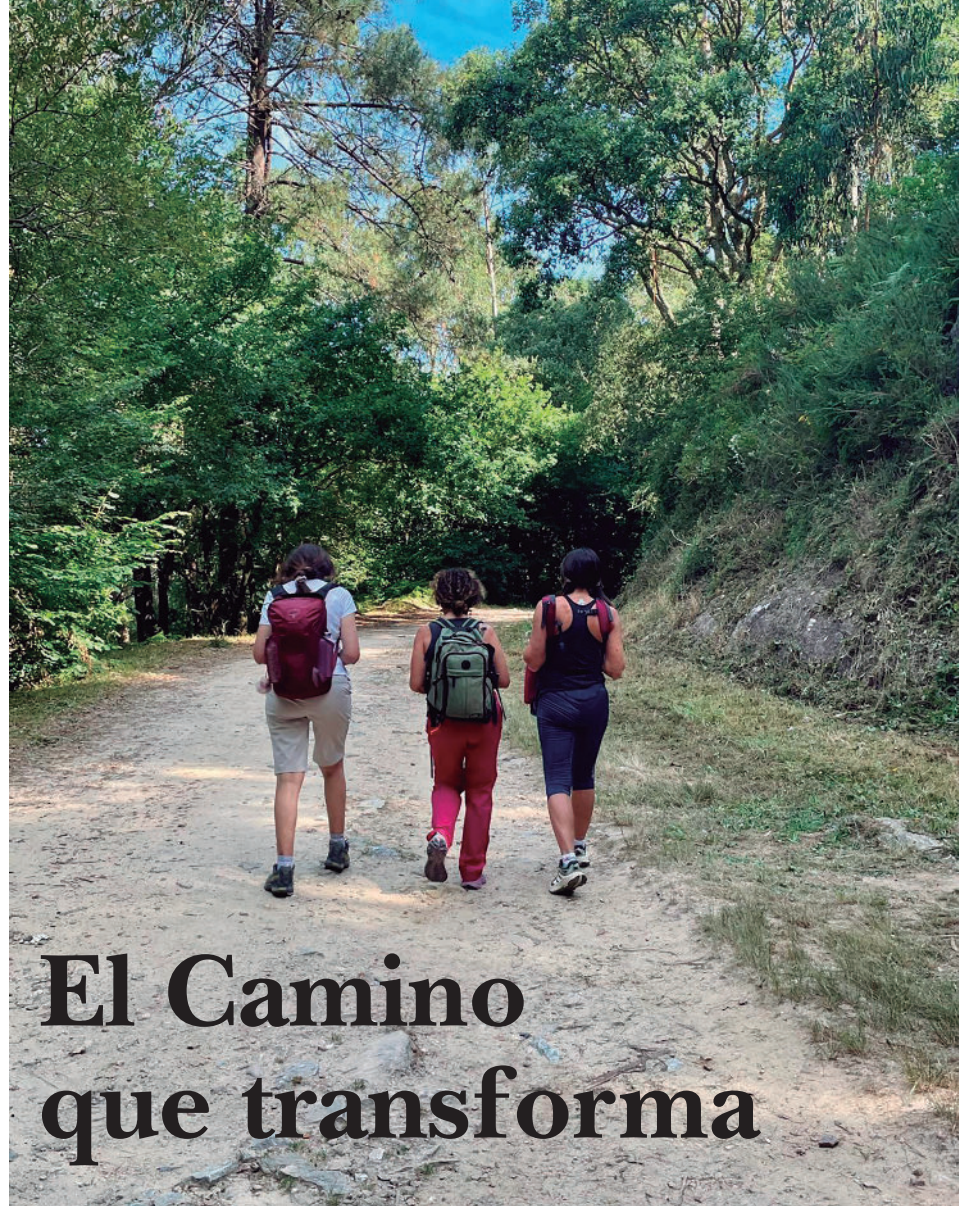
Nuestro viaje a Santiago comienza entre el azul de los azulejos de mayólica de Oporto, con la vista deslumbrada por el azul celeste de las iglesias y casas revestidas de dichos azulejos, la tradicional cerámica portuguesa de origen árabe. Caminamos junto a los edificios que dominan el Duero, siguiendo un sendero de fachadas que parece un cuadro.

El camino propiamente dicho comienza al día siguiente en Vigo, pero mientras esperamos, paseando por la Ribeira –la orilla de los pescadores– se oye el viento meciendo las velas de los barcos anclados en el río, el alma líquida de Oporto. Con vistas a la calle que serpentea entre las antiguas callejuelas, una mujer da la bienvenida a los transeúntes desde detrás de una mesa improvisada: ofrece agua fresca por unos céntimos. Pero es en lo alto de la colina, tras cientos de escalones, donde la catedral milenaria, la Sé do Porto, domina la ciudad, donde ocurre la magia. Junto al mosaico de estilos plasmados a lo largo de los siglos, entramos en el claustro. Allí, los azulejos te envuelven de repente, sumergiéndolo al viajero en el azul infinito e hipnótico de la ciudad.

Oporto es uno de los puntos de partida del Camino de Santiago, la antigua red de rutas que atraviesa Europa hasta la Catedral de Santiago de Compostela, en Galicia, donde la tradición cristiana sitúa los restos del apóstol **Santiago el Mayor**. Nacida en la Edad Media como peregrinación, representó junto con Roma y Jerusalén uno de los grandes destinos del cristianismo. Hoy en día, sigue atrayendo a peregrinos de todo el mundo, no solo por motivos religiosos, sino también culturales, personales y de búsqueda espiritual. En 2025, 530.987 personas llegaron a Santiago, la cifra más alta jamás registrada.

Oporto también se presenta como tierra de peregrinación y sus habitantes demuestran una exquisita disponibilidad. En esta ciudad, la incertidumbre del viajero casi siempre se transforma en una espontánea muestra de generosidad. Un anciano nos indica dónde podemos dejar nuestras mochilas y un sitio para comer. “Obrigadas”, respondemos todas a la vez, un tímido homenaje lingüístico a su amabilidad.

Antes de partir, habíamos adquirido la Credencial del Peregrino, el documento que acompaña a quienes recorren el Camino. Repleta de sellos recogidos durante el camino, no solo es un recuerdo del viaje,



El Camino que transforma

Peregrinar a Compostela une fe, naturaleza y humanidad

sino también un testimonio de la distancia recorrida y un requisito para obtener, al llegar a Santiago, la Compostela, el certificado oficial de peregrinación.

En Vigo, esa noche, queríamos cenar en el puerto. Dos mujeres, **Nuria y Clara**, amantes de Italia y atraídas por nuestro idioma, se acercaron sonriendo: “¿Queréis comer bien? Aquí no”, nos dijeron, aconsejándonos que nos adentráramos en el corazón del centro histórico.

Partir de Vigo

Al partir de Vigo a la mañana siguiente, la emoción era la de quienes se preparan para dejar algo atrás, con la esperanza de encontrarlo de otra manera en el camino. Partimos cuatro desde Roma. Antes de este viaje, nos conocíamos poco y, mientras nos preparábamos, ninguna sabía realmente por qué, en un verano tan caluroso, habíamos decidido caminar 100 kilómetros.

Elegimos la variante costera del Camino Portugués, la segunda ruta más popular a Santiago después del Camino Francés. Partiendo de la Catedral de Oporto, recorre aproximadamente 240 kilómetros a lo largo de costas, bosques y pueblos hasta llegar a Santiago. Solo recorrimos una parte, en ocho días, tiempo suficiente para descubrir que el valor de un viaje no se mide únicamente por la distancia geográfica.

Fuera de la ciudad, el sendero, aún fresco, se abre ante nosotras. Entre las copas de los árboles, el mar brilla no muy lejos y contemplarlo desde aquí produce una extraña sensación de vértigo. La vida parece comenzar ahora. Las primeras horas en el Camino te enseñan que no tiene sentido apresurarse, que hay que escuchar al cuerpo y encontrar el propio ritmo. El verdadero desafío no es técnico, sino físico y mental, con etapas diarias de unos 15



El Camino a caballo, a pie o en bicicleta son las formas de obtener la Compostela; las cuatro amigas que emprendieron el viaje (Raffaella, Mirella, Alessandra y Anna María) y un grupo de jóvenes a su llegada.

kilómetros y una mochila reducida a lo esencial. Los símbolos de la peregrinación, como las flechas amarillas y la concha, se convierten rápidamente en puntos de referencia ya que, de simples indicaciones, se transforman en presencias reconfortantes que acompañan el camino. A lo largo del Camino, uno se encuentra con muchas mujeres. A menudo, viajan solas. Una de ellas nos ofreció agua cuando nuestras cantimploras estaban vacías. Iba acompañada de Bibó, su perro. Nos los cruzamos varias veces. Uno esperaba a la otra y viceversa, como fieles compañeros que compartían la sed, el calor, la búsqueda de sombra, el cansancio, también la alegría y el descanso.

Los hombres suelen ir a caballo o en bicicleta, las otras dos formas permitidas de obtener la Compostela. Y luego están las parejas, cada una con su propia geometría hecha de presencia y ausencia, proximidad y distancia. **Giorgia** tiene el pelo muy largo y unos ojos oscuros e intensos que miran con ternura a **Mattia**. “Nos habíamos perdido, no sé dónde. Cada día nos distanciábamos más”, decían. Fue ella quien le pidió que emprendiera el camino, que intentaran encontrar la encrucijada donde sus senderos se habían bifurcado. Nosotras también nos los hemos cruzado varias veces: caminaban casi siempre en silencio. A veces, se tocaban las manos.

En el Camino, cada uno camina por una razón diferente: fe, búsqueda personal, la

necesidad de un cambio o simplemente el deseo de escucharse mutuamente. El camino, sin embargo, une a todos, superando las diferencias de idioma e historia a través de pasos compartidos, esfuerzo y un simple, “buen camino”.

Cuerpo y alma juntos

Porque el Camino no pertenece solo al alma. También pertenece al cuerpo, al que confías cada paso. En este camino, juntos resisten y juntos superan las adversidades. Y quizás el sentido del viaje sea también este: dar las gracias por fin a ambos. Hay rutas y hay pueblos. En el camino aprendemos a caminar a la sombra, a recuperar fuerzas para cuando nuestras piernas tienen que soportar el sol, porque en Galicia la luz no se desvanece fácilmente y a las nueve de la noche todavía hay luz.

Alegría y esfuerzo buscan el equilibrio incluso cuando el camino engaña ya que no siempre hay un descenso tras una subida empinada que nos dé un respiro. No pocas veces hay que encontrar fuerzas para volver a subir. Llegamos a Padrón exhaustas.

De regreso al albergue, pasamos por la casa Común y, de repente, un hombre nos invita a entrar. Sonriendo, nos promete las mejores sardinas a la parrilla de la zona, gratis: “Venid a comer con nosotros, esta es la casa del pueblo, ¡hasta tenemos buen vino!”. Es un encuentro de vecinos. Varias

generaciones se congregan en lo que antes fue una escuela, cedida por el municipio para su autogestión al no haber ya suficientes niños. A pesar del cansancio, la alegría es contagiosa y nos unimos a ellos. Padrón es una parada profundamente ligada a la historia de la peregrinación. Según la tradición cristiana, la barca que transportaba los restos de Santiago Apóstol desembarcó aquí tras su martirio en Jerusalén. Esta historia ha contribuido, a lo largo de los siglos, al nacimiento y la difusión del culto al apóstol y del Camino de Santiago.

Pablo, estudiante de filología en la Universidad de A Coruña, me habla de **Rosalía de Castro**, la célebre poetisa nacida en Santiago pero residente en Padrón, donde su casa es ahora un museo. Me cuenta la morriña que impregna sus versos. Rosalía cantaba a los pobres, a los vulnerables, a las viudas; daba voz a una feminidad sumergida, a esa fuerza silenciosa y subterránea de las mujeres gallegas que, a principios del siglo XIX, cargaban invisiblemente con gran parte del peso del mundo sobre sus hombros. Pero Rosalía también cantaba a la magia de esta tierra y a su conexión visceral con el Atlántico hasta su último aliento. Antes de morir, pidió: “Abrid la ventana, quiero ver el océano”. Compramos una camiseta para apoyar a la comunidad y volvemos a casa cansadas pero felices.

→ Los últimos kilómetros ya están impregnados de nostalgia. Seguimos, intentando retener en la mirada la belleza de todo lo que hemos visto, sabiendo que, a partir de ahora, caminar nunca volverá a ser lo mismo. Tras un par de horas, el silencio del bosque se rompe con la llegada de las ambulancias. Nos hemos de apartar del camino. Más adelante, vemos lo que ha sucedido. Un peregrino que caminaba solo, se ha sentido mal. Lo vemos tendido en el suelo con una sábana blanca que lo cubre. A su alrededor, un grupo de jóvenes reza con un sacerdote. Son las personas que lo rescataron y pidieron ayuda.

Nos topamos con uno de los mojones, los pilares de piedra que marcan el camino. Santiago está a poco más de tres kilómetros. Tras caminar hasta veinticinco kilómetros en un solo día, el destino está a la vuelta de la esquina. Allí, te das cuenta de que todo lo que necesitas ya está contigo: solo tienes que aprender a verlo. Comprendes que lo superfluo te pesa y que caminar no es solo mover las piernas. Creíamos haber agotado ya todas nuestras emociones. Entonces, la esquina de la calle desaparece y emergemos frente a la Catedral: allí, la piedra no te mira, sino que te sobrecoge.

Obtener la Compostela

Cada uno redescubre las razones de su partida o, más sencillamente, acepta que esas razones han cambiado, renacido en el camino. La Catedral de Santiago es mucho más que un destino geográfico: es el corazón de una tradición milenaria ligada al culto de Santiago Apóstol. Cada año, acoge a peregrinos de todo el mundo, que llegan tras diferentes viajes. Para obtener la Compostela, es necesario completar al menos los últimos 100 kilómetros con sellos en la Credencial, pero el verdadero viaje va más allá de las distancias recorridas: cada peregrino lleva consigo un viaje personal.

Entonces se rompe el silencio. A pocos metros, la plaza se llena con el bullicio de dos grupos de jóvenes que gritan y saltan. Un grupo manta a su sacerdote y lo lanza al aire tres veces. Nos encontramos con las chicas más tarde frente a la tumba de Santiago Apóstol: algunas están de rodillas y lloran, mientras que los chicos se inclinan, hacen la señal de la cruz y se alejan.

Cada uno vive Santiago a su manera, pero en la Catedral, redescubren el sentido de comunidad durante la Misa del Peregrino, donde se recuerdan los pueblos y puntos de partida de los peregrinos

que han llegado a su destino. Durante las celebraciones solemnes, el ritual del Botafumeiro, el gran incensario que recorre la nave esparciendo incienso, evoca antiguas tradiciones de bienvenida y purificación.

En la Plaza de la Catedral, recuerdo cuando decidí no llevar mi bastón de trekking. Ellas, mis compañeras, —**Anna Maria, Raffaella, Alessandra**— fueron mi apoyo. Con ellas, intercambié botellas de agua, camisetas, palabras y silencio. Anna Maria me preguntó si he hecho el camino por fe. No tengo respuesta. Quería aligerarme, dejar atrás alguna carga. Algunas cosas se van, pero mucho se encuentra y se redescubre, especialmente a las personas que dejaste atrás y a quienes aprendes a llevar contigo a otra dimensión, a amarlas de otra manera.

Pienso en uno de los caminos más hermosos, hacia Pontevedra, la ciudad española de arte e historia, apodada “la buena ciudad”. Allí, vi a los discípulos representados en el cuadro de **Paolo Veronese**, La cena de Emaús, ahora en el Louvre. Pensé en aquel Cristo del que habla el Evangelio de **Lucas**, encontrado en el camino por los dos discípulos con quienes había caminado hasta el anochecer, antes de ser reconocido al partir el pan. Si volviéramos hoy a recorrer esos senderos, nuestras mochilas serían mucho más ligeras.



Hay lugares a los que no se puede llegar solo por carretera. Hay que subir, dejar algo atrás y cambiar el ritmo.

El Santuario de Mentorella, en el corazón de Italia central, es uno de ellos. Situado a más de mil metros sobre el nivel del mar en los Montes Prenestinos y perteneciente a la Diócesis de Tívoli-Palestrina, parece ajeno al mundanal ruido. Está a poco más de una hora de Roma, pero llegar allí implica emprender un viaje que es un cambio de ritmo, de perspectiva, de aliento. Sus orígenes se remontan a los primeros siglos del cristianismo y, hasta hoy, hombres y mujeres siguen acudiendo en masa desde toda Europa y más allá. Buscan una respuesta, una pausa o una gracia. O quizás un horizonte más amplio para sus vidas.

Es un día de verano. El aire es cálido entre las colinas de los Apeninos del Lacio, pero a lo largo de las curvas cerradas el aroma cambia. Huele a bosque, a resina, a roca calentada por el sol. Cuando el santuario aparece de repente, enclavado en la montaña, es fácil comprender por qué este lugar ha perdurado a través de los siglos sin perder su encanto. Aquí, el paisaje no es un telón de fondo: es una parte esencial de su historia.

Incluso antes de entrar, la mirada se eleva. Abajo se extiende el valle de Giovenzano: bosques, valles y acantilados rocosos que hacen aún más impactante la posición del santuario, casi suspendido en el aire. Es un lugar donde la presencia de la naturaleza y el silencio acompañan a quienes llegan, sin imponerse. La primera parada es la pequeña iglesia de tres naves de la Virgen, Santa Maria delle Grazie. Al entrar, se pasa de la intensa luz del verano del Lacio a la tenue luz del interior y la temperatura más fresca es un alivio bienvenido. Sin pensarlo, la atención se dirige a la Virgen de Mentorella, situada en el



La Mentorella: la última cuesta

A una hora de Roma se encuentra el santuario milenario amado por los Papas

centro del altar. La estatua de madera de la Virgen, una de las imágenes marianas más antiguas veneradas en el Lacio, se data tradicionalmente en el siglo XV. Hecha de roble, es una obra sencilla, marcada por el paso del tiempo. **María** sostiene al Niño con naturalidad. Sus vestiduras, adornadas con piedras preciosas y perlas, dan testimonio de la veneración que se le profesa desde hace siglos. No es un icono distante. Su mirada es directa, sencilla y humana. No domina, sino que acompaña.

La estatua, coronada por el Capítulo Vaticano en 1901, fue robada en 1972 y recuperada un año después. En el trono está colocada la rosa de plata enviada por el Papa **Benedicto XVI** para conmemorar el 150 aniversario de la presencia de los Padres de la Resurrección en Mentorella. En un tiempo que conecta continentes y culturas, a veces provocando conflictos, este lugar evoca otra idea de humanidad, basada en el encuentro y la escucha.

Conversión de san Eustaquio

La historia del santuario tiene sus raíces en los primeros siglos del cristianismo. Según la tradición, fue en estas mismas montañas donde el general romano **Plácido**, que vivió entre los siglos I y II durante el reinado de los emperadores **Traiano** y **Adriano**, tuvo la visión de un ciervo con una cruz luminosa entre sus astas durante una partida de caza. Se dice que esta visión fue la que desencadenó su conversión: se convirtió en San **Eustaquio**, mártir venerado en la Iglesia primitiva. En el lugar del milagro se construyó una primera capilla y, a lo largo de los siglos, se fue desarrollando el actual santuario mariano.

San **Benito de Norcia** también pasó un tiempo de retiro en Mentorella. Cerca de la iglesia se encuentra la Gruta de San

Benito, una ermita rupestre del siglo VI, accesible a través de una estrecha fisura en la roca: un pasaje natural que obliga a detenerse, a inclinarse, casi como si se entrara en otra dimensión. Se dice que el santo pasó allí dos años en soledad y oración. A la entrada de la cueva, una oquedad excavada en la roca contiene las reliquias de los frailes y una placa que reza: "Yo soy la resurrección y la vida. Recuerda, lo que sois, lo fuimos nosotros; lo que somos, lo seréis vosotros. Aquí, los huesos de los benedictinos esperan la resurrección".

A lo largo de los siglos, el santuario ha pasado por monjes, ermitaños y distintas comunidades religiosas. Desde el siglo XIX, ha estado confiado a los Padres Resurreccionistas, una congregación de origen polaco que custodia este lugar suspendido entre Europa Central y el Mediterráneo, como quien custodia algo que pertenece a todos y a ninguno.

Desde la iglesia, una pareja de visitantes emerge para subir la Scala Santa. Ascenden lentamente, contemplando las vistas de la campiña romana y las montañas que se extienden más allá. Con cada paso, pa-

recen dejar atrás un pensamiento, una distracción, una resistencia. Es un corto recorrido dentro del santuario, que conduce a la capilla de San Eustaquio y al pequeño cementerio de los Padres de la Resurrección. Hay una campana. La mujer quiere tocarla. El hombre señala la placa que le recuerda que solo pueden tocarla quienes profesan la fe cristiana: "No seas campanero si tu corazón no late como el de un cristiano".

Es una frase simple y directa. Un toque, dos toques, suena la campana. Mentorella también es conocido como el "santuario de los Papas". **Juan Pablo II** vino aquí por primera vez en la década de 1960, cuando aún era el cardenal **Karol Wojtyła**. Regresó varias veces y, ya como Papa, eligió este sitio para su primera visita fuera de Roma. Frente a la entrada de la iglesia se alza una estatua de bronce dedicada a él, donada por los doce municipios que forman una corona alrededor de la Virgen.

En 2005, Benedicto XVI también rindió homenaje a la Virgen de la Mentorella, en una visita privada que confirmó la conexión del Vaticano con este lugar. **León XIV** lo visitó el 19 de agosto de 2025. Tras rezar y pasear por el santuario, el Papa se detuvo a almorzar con los monjes polacos de la Resurrección. La fiesta patronal del santuario se estableció el 29 de septiembre, día de San **Miguel**, figura vinculada a la tradición espiritual local. Hoy se celebra el último domingo de agosto. Al regresar a la entrada, nadie tiene prisa por irse. Dicen que ese es el verdadero don de Mentorella. No promete experiencias extraordinarias. No busca asombrar. Invita a quedarse. Es el secreto milagroso de los lugares auténticos: no retienen al peregrino, sino que lo impulsan a retomar la vida cotidiana con una perspectiva diferente.



La Place de l'Église está abarrotada: turistas, gitanos y residentes de Saintes-Maries-de-la-Mer, que asisten al mismo ritual cada año y saben que será diferente cada año. En silencio, la plaza desafía el sol abrasador desde primeras horas. Se espera siguiendo las palabras y los cánticos que llegan desde el interior de la iglesia de Notre Dame de la Mer, que también está llena de devotos. Hay que estar preparado para colocarse a los lados de la puerta cuando emerge la estatua, para verla de cerca y poder tocarla. "Vive les Saintes Maries, vive Sainte Sarah". Es la señal. A las 4:30 de la tarde del 24 de mayo, una hora tarde, aparece Santa **Sara la Negra**, patrona de los gitanos, con su brillante tiara y capas de coloridos mantos, emergiendo de la puerta de la iglesia, entre vítores de los fieles.

La llevan a hombros hombres de rostros morenos como el suyo, conmovidos y orgullosos, recibidos con cánticos y aplausos por la guardia de honor de los guardianes, los pastores tradicionales que trabajan las granjas con los toros, montados en sus caballos blancos. Es la primera parada, la más sentida, de la peregrinación gitana que tiene lugar cada 24 y 25 de mayo en este pequeño pueblo de la Camarga, en el sur de Francia. Tras Santa Sara, será el turno de las Santas Marías, enterradas aquí en la iglesia, y la celebración se repetirá al día siguiente. Este año, el pueblo de 2.500 habitantes ha atraído a más de cincuenta mil visitantes. Desde hace una semana, romaníes, sinti, manouche y gitanos llegan aquí procedentes de toda Europa, así como de América y Australia, para venerar a la patrona de los gitanos.

La acompañarán en procesión hasta el mar, con violines, guitarras, carrozas, diversos grupos musicales, caballeros, fieles, todos con sus trajes tradicionales, una larga y festiva procesión. Las "Marías" que dan

Sara la Negra, la santa de los gitanos

Leyenda e identidad se abrazan en Saintes-Maries-de-la-Mer

LILLI MANDARA. FOTO: PAOLO MASTRI

nombre a la ciudad son **María Salomé**, **María Jacobè** y **María Magdalena**, discípulas de **Jesús**, mencionadas varias veces en los evangelios. Según la leyenda, junto con **Marta de Betania**, **Lázaro**, el discípulo **Maximino**, la sirvienta Sara la Negra y otros seguidores de Jesús, obligados a huir de Palestina en una barca sin remos y sin velas, desembarcaron en la desembocadura del Ródano después de cinco años.

María Salomé, María Jacobé y Sara permanecieron en Camarga, viviendo cerca de la iglesia de las Santas Marías, y fueron enterradas aquí. Los demás continuaron y llevaron el cristianismo al resto de Provenza y Francia. El segundo día de la peregrinación está dedicado a María Salomé y María Jacobé. Las dos imágenes procesionan por el mar en barca.

Mujeres en la tumba

Según la tradición cristiana, las mujeres que llevaron los ungüentos a la tumba de Jesús y la encontraron vacía tras la Resurrección fueron María Magdalena, María Salomé y **María de Cleofás**, madre de **Santiago el Menor** y **José**, identificada en la leyenda provenzal como María Jacobé. La historia de Sara, nunca reconocida como santa pero venerada como tal por el pueblo gitano, está vinculada a la de las Santas Marías, aunque existen diversas versiones:

según algunas, Sara llegó con ellas. Según otras, era una de las esposas de Pilato, una egipcia que, tras presenciar la Pasión de Cristo, se convirtió al cristianismo, viajó en la misma barca que las tres Marías y evangelizó al pueblo gitano. Durante los dos días de la fiesta, la cripta de Sara se ilumina constantemente con cientos de velas devocionales y se llena de ofrendas y placas votivas: "Merci", escribe **Andrei**, "Remerciements" y "Reconnaissance" se lee bajo la foto de un niño llamado **Vasilé**.

Un ramo de flores y un pañuelo de encaje blanco son colocados cuidadosamente en la cripta por **María**, quien casi pierde a su hijo pequeño en un accidente automovilístico. Durante los dos días de la peregrinación, la fila para entrar llega hasta la plaza. Hombres y mujeres se arrodillan, con la cabeza entre las manos, rezando a su santa en la cripta, en un ambiente de velas votivas, lágrimas y cánticos.

Todo toca el corazón de visitantes y curiosos: los niños llevados a hombros por sus padres hasta las estatuas de Sara y las Santas Marías para pedir ayuda o protección; las lágrimas en los ojos de madres y familiares; las oraciones y las canciones... Para los gitanos, la peregrinación es también una oportunidad para celebrar bautizos, bodas y aniversarios. En la iglesia, una recién nacida vestida de blanco, primogénita de





una pareja del sur de Francia, será llamada Sara, como su santa. El ritual se realiza a puerta cerrada, para proteger la privacidad de la familia. Al día siguiente, por la mañana, es el turno de las Santas Marías. La procesión se repite, con músicos, folclore y fe. En la iglesia, las dos urnas que contienen las reliquias de las santas se exhiben la noche anterior para que los fieles puedan rezarlas. La misa celebrada por monseñor **Christian Delarbre**, Arzobispo de Arles y Aix, acaba de terminar.

Las estatuas de las santas se trasladan en procesión por el pueblo hasta el mar. Muchos niños y niñas ayudan a sus padres a llevar la estatua hasta la playa, donde son recibidos por bañistas e innumerables espectadores. Finalmente, con el lento regreso a la iglesia da la sensación parece que todo está a punto de terminar. Pero la celebración continuará al día siguiente con la misa dedicada al marqués **Folco de Baroncelli-Javon**. Él fue quien, en 1935, solicitó y obtuvo permiso para retirar la estatua de Santa Sara de la cripta, dando así inicio a la procesión y festividad que hoy atrae a gitanos y turistas de todo el mundo.

“Para nosotros, este es un gran momento de reencuentro y devoción religiosa”,

explica **Gennaro Spinelli**, de 33 años, violinista que ha tocado para el Papa y en el Teatro San Carlo de Nápoles, con aproximadamente 1.500 conciertos en más de treinta países, embajador del arte y la cultura romaníes y, desde 2020, presidente de la UCRI, la Unión de Comunidades Romaníes en Italia.

Peregrinación folclórica

“La peregrinación del 24 y 25 de mayo ha adquirido ahora un carácter predominantemente folclórico y muchos grupos romaníes vienen aquí a actuar con sus instrumentos musicales y bailarines. Yo he venido varias veces a ver la fiesta de las Santas Marías, aunque no soy devoto de Santa Sara, quien acercó el pueblo romaní al cristianismo. Nosotros, en Italia, como en España, veneramos sobre todo a **Ceferrino Giménez Malla**, conocido como “El Pelé”, nuestro santo patrón”. Nacido en Benavent de Lérida en 1861, fue el primer gitano beatificado, en 1997, por **Juan Pablo II**. Su historia está ligada a los días más dramáticos de la Guerra Civil Española: arrestado por defender a un sacerdote, fue fusilado en 1936 en el cementerio de Barbastro, aferrado a un rosario.

Spinelli indica que cualquier iniciativa que fomente la concienciación sobre la cultura romaní beneficia a la causa. Además, la peregrinación a Saintes-Maries-de-la-Mer es también una oportunidad para recordar el Samudaripen, el genocidio de romaníes y sinti perpetrado por el nazismo. “Estamos presentes en todo el mundo, se nos desprecia de muchas maneras, siempre se nos juzga y persigue, pero nunca se nos comprende del todo. Somos un tesoro cultural que muchas veces se confunde con un problema social”, añade Spinelli. En Italia hay aproximadamente 180.000 romaníes, en España 800.000, y la integración aún está lejos de ser una realidad.

En Italia, algo está cambiando. La UCRI ha promovido dos cursos universitarios (uno impartido por **Santino Spinelli**, padre de Gennaro y también músico), en la Universidad Sapienza de Roma y en la Universidad Oriental de Nápoles, para dar a conocer la cultura romaní.

Además, Spinelli revela: “Nosotros, los romaníes, también estamos librando una batalla importante y definitiva contra el prejuicio léxico: considerar el término *gitanos* como discriminatorio”.



Filippa, la primera santa clarisa

FRANCESCO GRIGNETTI

La monja italiana maridó clausura y servicio a los demás

En un paisaje de montañas y pueblos encaramados en las colinas del centro de Italia, entre Rieti y L'Aquila, un camino conduce a la tierra de Santa **Filippa Mareri**. Es una zona fronteriza que en la Edad Media marcaba el límite entre los Estados Pontificios y el Reino del Sur. Aquí se despliega la apasionante historia de la primera santa de la Segunda Orden Franciscana, las Clarisas. Hija de un barón, culta e impulsada por una fe ferviente, la vida de Felipa discurre paralela a la de Santa **Clara**, su contemporánea. Ambas se inspiraron en las enseñanzas de **Francisco de Asís** y optaron radicalmente por el ascetismo, la castidad y la pobreza. Fueron protagonistas y pioneras del movimiento franciscano femenino, que incluyó a aristócratas adineradas.

Filippa nació entre 1190 y 1200 en el castillo familiar de Mareri, un pueblo situado en la ruta que unía Abruzzo con Roma. Eran nobles que expandían sus territorios a lo largo del valle del río Salto. Eran vasallos del emperador **Federico II**, pero mantuvieron buenas relaciones con los Estados Pontificios. Su padre, el barón **Filippo**, la hizo estudiar latín y las Sagradas Escrituras. Estaba destinada a un matrimonio que enriquecería y fortalecería políticamente a la familia, pero Filippa

se resistió. Parecía más bien dedicada al bienestar del pueblo, especialmente de los pobres de aquellas tierras inhóspitas. Dicen que llevaba pan en secreto desde el castillo a los pobres del campo. Y se cuenta que un día su hermano **Tommaso** le cerró el paso para revisar la cesta. Ante los presentes, solo se revelaron numerosas rosas. Este hecho se considera su primer milagro.

Entre 1221 y 1224, cuando Francisco recorría las zonas más remotas del centro de Italia a lomos de un burro para predicar, la tradición cuenta que Filippa conoció personalmente al santo y escuchó de él la historia de Clara, que había comenzado diez años antes en Asís. El encuentro pudo haber sucedido, pero no está documentado. Francisco se encontraba en Greccio, no lejos del castillo de Mareri, la noche de

Navidad de 1223, cuando representó el primer belén. Los historiadores se muestran cautelosos respecto al encuentro, pero, sin duda, Filippa escuchó de primera mano los relatos de predicadores franciscanos. Clara se convirtió para ella en un modelo a seguir, hasta tal punto que en 1226 rechazó un matrimonio concertado por su familia y abandonó el castillo para vivir en una cueva con un grupo de compañeras. Allí tuvo lugar la *vestitio* de Filippa, seguida del corte de su cabello, un rechazo simbólico del mundo. Allí sigue la cueva, abierta a los visitantes, expuesta al viento y al frío, bajo una cresta rocosa.

Las jóvenes vivieron como ermitañas durante al menos dos años, hasta que los hermanos de Filippa, Tommaso y **Gentile**, quizás preocupados por su salud, o tal vez



ROSA MATTEUCCI

Servir en las piscinas de Lourdes

Debido a la pandemia de Covid, en marzo de 2020, las piscinas de Lourdes cerraron al público por primera vez en sus cien años de historia. Hasta esa fecha, un promedio de unas 400.000 personas se bañaban en ellas cada año. Creo que reabrieron el verano pasado tras una importante renovación, no solo de la estructura, sino también de los aspectos de higiene y saneamiento. Se han producido cambios profundos: primero, el número de piscinas se ha reducido; el toldo con sus bancos bajo los cuales antaño descansaban peregrinos y enfer-

mos, en un constante murmullo de oraciones y jóvenes tocando la guitarra, ha sido renovado, con un estilo minimalista; el sistema de filtración y purificación del agua se ha adaptado a la normativa, lo cual me resulta curioso ya que la inmersión en Lourdes es un acto de fe y no un pasatiempo playero; y, el antiguo *peignoir*—una toalla de lino— símbolo de la ablución que se usaba para cubrir la desnudez de los fieles, ha sido sustituido por una toalla desechable. El ritual de inmersión en las piscinas de Lourdes —son habitaciones con bañeras— simboliza y renueva el

Bautismo como signo de contrición y arrepentimiento, un gesto que abre los corazones a la gracia del Sacramento de la Reconciliación con el Señor y, sobre todo, con nosotros mismos.

Las sencillas bañeras de piedra recuerdan las pilas bautismales del cristianismo primitivo. El protocolo sigue reglas esenciales que adquieren un significado profundo que va mucho más allá de nuestra percepción inmediata. Nadie puede bañarse solo, ni sanos ni enfermos, ni capaces ni incapaces. Los enfermos son sumergidos por necesidad objetiva. Para que a los demás les

quede claro el significado del rito, para descender los tres escalones de piedra, normalmente resbaladizos, son sostenidos por dos *piscineurs* que los llevan en brazos con gestos prescritos e inmutables. Los *piscineurs* simbolizan la necesidad de que cada uno reconozca sus propias debilidades, no solo físicas, sino sobre todo morales. En las piscinas, el gesto es concreto; alguien te sostiene incluso cuando parece que puedes hacerlo solo. Así, comprendemos que debemos aceptar humildemente que aquellos que Dios pone a nuestro lado, ya sea por un corto tiempo o para

temiendo que este asunto desprestigiara a la familia Mareri, le legaron un pequeño castillo, una iglesia y algunas tierras fértiles, que ella transformó en un monasterio, construyendo un claustro a su alrededor. El pergamino original de la donación constata que ocurrió el 18 de septiembre de 1228. Su vínculo con el movimiento franciscano nació de inmediato. Filippa se convirtió en abadesa, vistió el hábito franciscano y siguió la Regla de San Benito junto con las Constituciones Ugolinianas, las mismas que adoptaron Clara y sus compañeras en el monasterio de San Damiano. Estas reglas fueron creadas por el cardenal **Ugolino** de Ostia, el futuro Papa **Gregorio IX**, para mujeres que deseaban vivir una vida de oración, pobreza y sencillez, diferente a la que se esperaba en los monasterios benedictinos tradicionales. Sabemos que Francisco envió a **Ruggero da Todi**, uno de sus primeros compañeros, como asistente espiritual de las hermanas. Ruggero da Todi estuvo presente y fue testigo en el momento de la donación.

La historiadora **Giulia Barone** escribe sobre sus años como abadesa: “Comía muy poco, afrontaba el cansancio, el frío y el dolor con fervor gozoso. Pero no olvidaba que era una verdadera madre, según el modelo de la abadesa benedictina, para el creciente número de mujeres que se encomendaban a ella; incluso ingresaron en la vida monástica una de sus hermanas y su sobrina, **Imperatrice**, que tuvo que enfrentarse a la ira de su padre, quien intentó raptarla para disuadirla de su propósito”.



La aristocrática Filippa Mareri fue una clarisa que aceptó la vida de clausura y la pobreza, pero también una benedictina que puso el monasterio al servicio de su comunidad. Colocó tanto la alabanza a Dios como la asistencia material y espiritual a los pobres en el centro de sus actividades. Admitió a jóvenes en el monasterio para educarlas en las artes femeninas y estableció una farmacia basada en plantas medicinales, de la cual hay constancia en el valioso museo anexo al monasterio, en el municipio de Petrella Salto (Rieti).

El Papa Gregorio IX visitó la zona varias veces y se interesó por ella, su pequeña comunidad monástica y por unas buenas relaciones con los Mareri. En 1231, el monasterio quedó bajo la protección de la

Sede Apostólica; en 1234, el número de monjas albergadas se limitó a doce para evitar el riesgo de una pobreza extrema; y en 1236, se concedió una indulgencia de 20 días a quien ayudara a las monjas con sus necesidades diarias. En febrero de 1236, Filippa Mareri falleció, debilitada por las privaciones y los años a la intemperie. Su tumba se convirtió en lugar de peregrinación y nació el culto local. Y si en vida había gozado de fama como hacedora de milagros, tras su muerte comenzaron a registrarse gracias por su intercesión.

Quienes la conocieron la recordaban como una mujer buena, santa y culta, y se la representó vestida con un hábito y sosteniendo un libro. En 1706, cuando se examinaron sus restos, se descubrió que su corazón permanecía incorrupto. Hoy se exhibe en un relicario y es objeto de devoción. Desde entonces, Santa Filippa es la patrona de los enfermos cardíacos.

El título de santa aparece en una bula papal emitida por **Inocencio IV** en 1248, tan solo once años después de su muerte y mientras Santa Clara aún vivía. El monasterio continuó durante siete siglos hasta que en 1930, las monjas, con el apoyo del obispo de Rieti, decidieron abandonar el aislamiento y abrirse al mundo. Fundaron una escuela y un orfanato. Una presa creó un lago artificial que pronto sumergió el antiguo monasterio. En 1940, se construyó apresuradamente un nuevo complejo sobre el agua, y la capilla de Santa Filippa, del siglo XIII, fue desmantelada y reconstruida, piedra a piedra, fresco a fresco.



toda la vida, pueden cuidarnos. Una vez que te hayan ayudado a desvestirte, se entra en la pequeña habitación de la bañera, donde te reciben tres piscineurs del mismo sexo. Cada persona está desnuda, pero, por pudor y respeto a la Virgen cuya ima-

gen se encuentra en la pared del fondo de la bañera, te cubren con una toalla empapada en agua fría, que te ajustan bien al cuerpo. Está mojada porque, de lo contrario, podría levantarse al sumergirte en el agua, dejando al descubierto la desnudez.

El relato del rito del agua

El protocolo de los *piscineurs* es riguroso: una hora antes de abrir, los voluntarios se reúnen en oración, recitando el Ave María en todos los idiomas mientras se arrodillan en el suelo. Se corren las cortinas de los vestuarios, la oración concluye con un Salve Regina en latín y, como acto de devoción y confianza en la Virgen **María**, besan el suelo. Arriba se encuentra el vestuario donde se ponen sus uniformes, un delantal con el monograma *NdL* bordado en el pecho, un gesto que recuerda a Cristo que, al instituir la Eucaristía, se pone un delantal de siervo y, arrodillándose ante los apóstoles, les lava los pies.

Tuve el privilegio, de servir en las piscinas varios años. Fue la experiencia más conmovedora de mis peregrinaciones a Lourdes. Cada persona que sumergía en la piscina en ese preciso instante era la carne de Cristo en la cruz, sin importar si estaba sano o enfermo, era incrédulo, supersticioso, devoto, piadoso o curioso. Cada vez, el milagro se renovaba, inundando mi corazón de una alegría inesperada e inmensa. He recibido muchas gracias por mi humilde labor como *piscineur*; y he sentido que el gran acto de amor de **Jesús** hacia quienes le sirven. Por esto y mucho más, gracias de todo corazón.

El empeño de las buscadoras

LUCIA CAPUZZI

Casa Luisita alieta a las madres de los desaparecidos mexicanos

El ring del timbre resuena en el aire perpetuamente veraniego de Guadalajara, pero la puerta permanece cerrada. Una joven tarda varios minutos en abrirla: “Disculpe, había acupuntura”, explica, señalando la habitación del fondo antes de desaparecer. En el patio, dos mujeres de edad indeterminada bordan juntas y, de vez en cuando, se ríen de sus diseños ligeramente torcido. Al fondo, en la amplia cocina, un pequeño grupo prepara la comida. Es difícil definir Casa Luisita o la Casa Azul, como la llaman en el barrio, en homenaje a la casa azul surrealista de **Frida Kahlo**, ubicada en el barrio de Coyoacán de la Ciudad de México.

No es un centro, ni es un albergue, ni una institución. Es un hogar. El de las buscadoras: madres, hermanas, parejas, esposas, hijas que, ante la inacción del Estado, se han organizado en colectivos o asociaciones para encontrar a sus seres queridos desaparecidos. Son muchísimas en México. Son la familia de los desaparecidos durante la fallida guerra contra las drogas –con el despliegue del ejército para combatir el crimen– llevada a cabo durante veinte años por cuatro gobiernos de distintas tendencias políticas. Buscan a, al menos, 134.000 personas, según datos oficiales, pero la cifra real es más alta porque la mayoría de los casos no se denuncian.

Asociada durante mucho tiempo a las dictaduras latinoamericanas del siglo XX, la palabra “desaparecidos” ha cobrado nueva relevancia en un país dividido entre el norte y el sur del continente, transformado en “una fosa común con himno nacional”, como afirman los activistas. Sin embargo, en este caso, quienes desaparecen no son opositores políticos, reales o potenciales, capturados o torturados por regímenes autoritarios.

Imperios económicos

Cualquier persona corre peligro en el conflicto que los llamados narcotraficantes –auténticos imperios económicos– libran (con el apoyo de instituciones previamente compradas) por el control del territorio y sus recursos. Hombres jóvenes o muy jóvenes, en su mayoría, pero también mujeres, niños y ancianos, son secuestrados y

reclutados a la fuerza para satisfacer la sed de carne de cañón de los grupos armados. O empleados como mano de obra esclava. O asesinados para aterrorizar y esclavizar a la población.

De los cientos de miles que desaparecen sin dejar rastro, pocos regresan, la mayoría muertos. Y sucede solo gracias a la perseverancia de los familiares que buscan en basureros, campos sin cultivar y casas abandonadas dispersas por todo el vasto país, siguiendo pistas y la escasa información de la que disponen. Nadie más lo hace. La Casa Luisita en Guadalajara, la capital de Jalisco, epicentro de la tragedia con más de 16.000 desaparecidos, es su oasis.

“Empezamos por casualidad. En agosto de 2019, se encontraron camiones cargados de cadáveres en Jalisco”, dice **Dolores Ramírez Ramírez**, más conocida como madre **Lolita**, una monja carmelita del Sagrado Corazón. “El Servicio de Justicia y Paz de la Ciudad de México nos llamó para preguntarnos si podíamos alojar a un grupo de familiares que vendrían a identificarlos. Alojamos a los primeros 25 en la casa general”. En ese momento, la Casa Azul donde murió **Luisita del Santísimo Sacramento**, fundadora de la congregación, en 1937, estaba ocupada. El lugar quedaría vacío cuatro años después, cuando Madre Lolita y sus hermanas se





Arriba, a la izquierda: Dolores Ramírez Ramírez, conocida como Madre Lolita. A la derecha, Paola Clerico. «Mamá te espera» es el lema de las madres mexicanas que buscan a sus seres queridos.

convirtieron en una parada habitual para grupos de excavadores que pasaban por allí. “La mayoría eran madres. Las veíamos regresar exhaustas después de excavar todo el día, bajo el sol o la lluvia. Intentábamos aliviar su sufrimiento recibéndolas con un abrazo, una canción, escuchándolas. Pero no podíamos quedarnos ahí. Queríamos crear un lugar de consuelo para los familiares que venían de lejos, pero también para los que vivían en Guadalajara”.

Casa Luisita fue inaugurada el 15 de octubre de 2023. Un promedio de ochenta madres pasan cada mes por sus amplias habitaciones con vista al patio de la planta baja. Una cuarta parte de ellas proviene de otros estados mexicanos. Algunas se quedan unos días, solo para dormir; otras

unas horas para participar en actividades dirigidas por las religiosas de distintas congregaciones –las Misioneras Mercedarias de Berris y las Apóstoles del Corazón de Jesús– que apoyan a madre Lolita y sus hermanas. Hay sesiones de masaje, psicoterapia, meditación y talleres. “Sobre todo, las escuchamos, las consolamos y lloramos con ellas. Conversamos de mujer a mujer, ya que la mayoría lo son. Y esto crea un vínculo profundo”, comenta la monja.

La desaparición de un hijo paraliza la vida de toda la familia que se ve atrapada en una montaña rusa de desesperación unas veces y esperanza otras. Una angustia que a menudo se sufre en silencio: la sociedad está tan aterrorizada que ignora la tragedia de los desaparecidos. Las “busca-

doras” deben luchar contra sí mismas para no quedar paralizadas por el dolor, para no sucumbir a la desesperación y volver a empezar tras cada búsqueda infructuosa. Deberíamos ser nosotras quienes les ayudemos. En realidad, su sufrimiento y su resiliencia nos evangelizan. En esa fuerza imparable que les permite seguir adelante a pesar del peso aplastante de cada derrota, veo el amor inquebrantable de **Jesús**. A veces quisiera ser adivina, abogada, fiscal, antropóloga forense para poder aliviarles la carga, aunque sea un poco. Pero debo aprender a aceptar la impotencia. El mío es el ‘ministerio de las lágrimas compartidas’”, dice la hermana Lolita.

Misiones de campo

Es el mismo servicio que presta **Paola Clerico**, quien ha acompañado a las familias de los desaparecidos durante diez años. Esta religiosa de 62 años, perteneciente a la congregación de Jesús y María, ha participado en cientos de misiones de campo. “Un enorme privilegio. Cuando comencé a acompañar a las primeras ‘brigadas nacionales de búsqueda’, en las que participaban cientos de personas, había como máximo ocho colectivos en todo México. Ahora hay más de 250. Mientras tanto, el número de desaparecidos se ha multiplicado al menos por seis. Con su valentía y su fragilidad, las madres de la búsqueda me han ayudado a conocer verdaderamente a Dios. El ‘Dios que busca’ que no se resigna a perder a ninguno de sus hijos. El Dios tierno que se conmueve, el Dios impotente porque eligió dejarnos libres, el Dios triste al ver cómo desperdiciamos tanta libertad y confiado en nuestra posibilidad de redención”, dice Paola, con evidente emoción.

Desde la capital, la monja coordina el grupo “Iglesias y Espiritualidad”, a través del cual una docena de personas de diferentes credos y sensibilidades religiosas ofrecen acompañamiento espiritual a los grupos de búsqueda. “No fue una idea nuestra, sino una petición de los familiares”, concluye. “A pesar de la tragedia de tener un hijo desaparecido, de tener que buscarlo solos, sin la ayuda del Estado, y a veces incluso en contra de las propias instituciones, de ser señalados y culpados, no pierden la fe en Dios. Muchas veces se enfadan con Él, clamando a su rostro por su sufrimiento, una de las formas más auténticas de fe. Pero no pueden prescindir de esa fe. Estar con los familiares y con las madres de los desaparecidos ha salvado mi fe y mi vocación como monja. Ellas realmente me han enseñado a ser monja”.

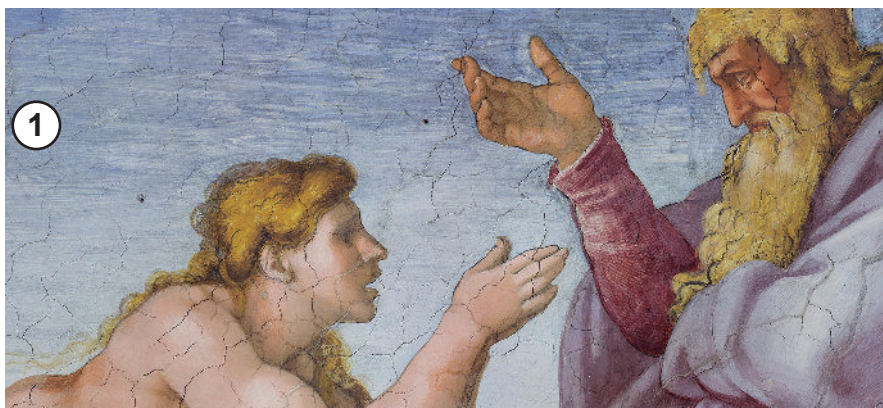


Las mujeres de la Capilla Sixtina

De la Virgen a las Sibilas, ellas protagonizan los frescos

PAOLO CONTI

“**C**uando pienso en la Capilla Sixtina, pienso inmediatamente en la figura de la Virgen junto a Cristo juez. Una imagen de misericordia maternal que protege y vela por todos. Bajo el brazo de **Jesús** juez, **María** está ahí para todos nosotros. Podemos afirmar que la Capilla Sixtina es un himno a la mujer. Hay tantas imágenes esenciales, desde **Eva** y las Sibilas de **Miguel Ángel** hasta las muchas que se repiten en los artistas del Quattrocento...”. **Barbara Jatta**, directora de los Museos Vaticanos, ofrece la clave para una lectura inusual de ese inmenso tesoro artístico que es la Capilla Sixtina: las imágenes de mujeres y, por lo tanto, la presencia femenina en Miguel Ángel y en las historias del primer nivel confiadas a las manos de los artistas del Quattrocento. Para orientarse, basta con la guía de **Francesca Parrilla**, asistente del Departamento de Arte de los siglos XV y XVI de los Museos Vaticanos. Pero, ¿cuántas mujeres hay en la Capilla Sixtina? Parrilla indica que “un censo preciso y exacto no es técnicamente posible”. “En las vastas obras de artistas del Quattrocento como **Ghirlandaio**, **Cosimo Rosselli**, **Pinturicchio**, o incluso el propio **Botticelli**, las figuras se van reduciendo gradualmente en el fondo, y es difícil proceder con una numeración



precisa”, añade. Desde el primer nivel de la Sixtina, el de las obras de los maestros del siglo XV, resulta apropiado comenzar este recorrido “femenino” por ser el espacio sagrado y más famoso del catolicismo.

Sixto IV, el Papa Della Rovere, constructor de la capilla que más tarde llevaría su nombre, tras resolver sus problemas políticos con **Lorenzo el Magnífico**, convocó a los más grandes artistas florentinos de la época a Roma en 1481 para pintar los frescos de las paredes laterales.

Lista de artistas

La lista de artistas, con sus historias del Antiguo y Nuevo Testamento, es un capítulo esencial en la historia del arte italiano: Sandro Botticelli, **Pietro Perugino**, **Domenico Ghirlandaio**, **Luca Signorelli** y **Cosimo Rosselli**. Barbara Jatta afirma en sus escritos que el conjunto “se convierte en una “Biblia de imágenes” en la que cada escena, con sus personajes y paisajes, invita al espectador a la meditación y al descubrimiento”.

La llegada de grandes artistas de Florencia, explica Francesca Parrilla, impuso una

nueva estética femenina en Roma: “Por ejemplo, Botticelli retrata a la mujer renacentista por excelencia, con cabello rubio tal como aparece en sus obras icónicas expuestas en la Galería Uffizi; pienso, por supuesto, en *La Primavera* y en las *Venus*. Y lo mismo ocurre con Ghirlandaio, Cosimo Rosselli, Perugino y todos los demás”. Basta con detenerse, por ejemplo, en la escena central de *La Tentación de Moisés* de Botticelli (en la que el profeta ayuda a las hijas de **Jetró**, incluida su futura esposa **Séfora**, a dar de beber a su rebaño) para encontrar los mismos perfiles de las *Venus* y *La Primavera*. Remite a la decisión del director de la Galería Uffizi, **Simone Verde**, de poner en marcha una nueva disposición de las salas de Botticelli a la *Prisca Theologia* de **Marsilio Ficino**, es decir, colocando las figuras femeninas antiguas como prefiguración de las figuras sagradas del cristianismo.

Debemos ser cautelosos. La presencia de figuras femeninas no es meramente decorativa entre los pintores del Quattrocento. Francesca Parrilla señala: “El papel de la



1. Miguel Ángel, 'La creación de Eva'. 2. Pietro Perugino, 'Viaje de Moisés a Egipto'. 3. Sandro Botticelli, 'Pruebas de Moisés'. 4. Biagio d'Antonio, 'Cruce del mar Rojo'. 5. Miguel Ángel, 'El Juicio Final'. 6. Miguel Ángel, 'Sibila délfica'. 7. Miguel Ángel, 'Sibila líbica'. 8. Sandro Botticelli, 'Tentación de Cristo'. 9. Miguel Ángel, 'El Juicio Final'. Museos Vaticanos, Capilla Sixtina. Copyright © Gobernación del Estado Vaticano

mujer en las narrativas pictóricas parece fundamental en la sociedad. Obviamente son madres, cuidan de sus hijos y de su trabajo, y simbólicamente también aseguran el suministro de agua de la comunidad, un elemento esencial para la vida. **Miriam**, la hermana de **Moisés**, es una figura clave porque cree firmemente en la redención y la salvación de su pueblo, como aparece, con su centralidad estético-narrativa, en *El cruce del Mar Rojo* de **Biagio di Antonio**. Desde la perspectiva de la reconstrucción de la sociedad de aquella época, resulta de gran interés observar cómo las mujeres no aparecen en los espacios públicos. En la gran plaza que sirve de escenario a *La entrega de las llaves* de Perugino, no hay mujeres porque, en la época del artista, no se esperaba la presencia femenina salvo en el ámbito doméstico o privado. Sin embargo, en *El testamento de Moisés*, las mujeres aparecen como madres y como miembros esenciales de la comunidad judía.

Y llegamos a la Bóveda y al Juicio de Miguel Ángel. Francesca Parrilla dice: "Con Buonarroti la concepción de la feminidad es muy diferente, de hecho cambia completamente. Respecto al primer nivel de la Capilla, ha pasado un siglo y la mentalidad ha cambiado. Las mujeres de la Volta de Miguel Ángel son figuras muy fuertes,

incluso desde el punto de vista físico. Son musculosas, tienen brazos y cuellos fuertes. La imagen femenina se muestra en su capacidad para afrontar la adversidad, incluso la tragedia. Estamos, pues, ante un esquema narrativo completamente opuesto al de los Quattrocentisti". Lo más probable, advierte Francesca Parrilla, es que en Miguel Ángel debió haber influido la muerte prematura de su madre. El fue criado por una niñera, de carácter fuerte y recio y probablemente también de físico portentoso.

Cinco Sibilas

Basta con pensar en las sólidas figuras de las cinco Sibilas, figuras paganas, pero cargadas de significado debido a su don como adivinas desde la perspectiva de la salvación y redención de toda la humanidad. Son representadas como figuras poderosas, pero elegantes, como se ve en sus peinados y en los minuciosos detalles de sus espléndidas vestimentas, exquisitas huellas del gusto estético y la moda de la época. Es importante también tomarse el tiempo para admirar el retrato de Eva en el Génesis. Francesca Parrilla subraya: "Aquí no hay rasgos renacentistas ni peinados, porque estamos en el momento de la Creación. De hecho, Eva, en su desnudez

y verdad absoluta, parece perfectamente consciente del papel que está a punto de desempeñar, y Miguel Ángel nos lo comunica magistralmente". En la magnificencia del Juicio Final, la figura de Santa **Catalina**, protagonista de una historia turbulenta, debe observarse con atención. En la primera versión de Miguel Ángel, aún visible en la famosa copia original del grabado de **Giulio Bonasone**, encargado por el cardenal **Alessandro Farnese**, sobrino de **Pablo III**, Santa Catalina, también muy musciosa, estaba completamente desnuda, y su postura parecía inapropiada para muchos. Tras la muerte de Miguel Ángel, **Daniele da Volterra** tomó el relevo y la cubrió con la túnica verde menta que aún la caracteriza hoy en día.

En esta representación de la fuerza femenina que es el Juicio Final, como observaba Barbara Jatta, hay una excepción que es la Virgen. Aparece como absorta en sí misma, con los brazos cruzados sobre el pecho y junto a su hijo, Cristo juez. Francesca Parrilla concluye: "La Virgen se apoya en Cristo, pero se asienta sobre la misma base, subrayando la idea de igual dignidad". Una Madre dulce y compasiva, junto a su Hijo, inmersa en el Juicio Final de la Humanidad. Una obra maestra, símbolo de Fe y Belleza.

La paridad es más que un número

Roma analiza la igualdad laboral desde la Agenda 2030

Una pregunta que impregna nuestro tiempo y que sigue dividiendo, a menudo más que uniendo, es: ¿qué significa realmente la igualdad entre mujeres y hombres? ¿Basta con contar cuántas mujeres ocupan puestos de decisión? ¿Son suficientes las nuevas leyes, las cuotas y los incentivos económicos? ¿O necesitamos cambiar nuestra propia concepción del trabajo, la familia, el liderazgo e incluso el éxito? Son algunas de las preguntas que articulan el Seminario Internacional de Expertos dedicado al Objetivo 5 de la Agenda 2030 de las Naciones Unidas y al tema del trabajo, promovido por el Instituto de Estudios Avanzados sobre la Mujer del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum junto con la International Network of Women Leaders.

El evento, programado en Roma para el 1 y 2 de octubre de 2026, da inicio a una gira internacional que continuará en Ciudad de México en 2027 y en Washington en 2028, con el objetivo de presentar los resultados del trabajo realizado en una sede de las Naciones Unidas en 2030. La idea es crear un espacio de diálogo entre diferentes disciplinas, experiencias y culturas, abordando la igualdad de género como un derecho fundamental y un requisito indispensable para un desarrollo verdaderamente sostenible. Este es un tema que requiere una exploración más profunda de sus implicaciones culturales, legales, económicas y antropológicas.

El proyecto nació también de la conciencia de que el debate sobre la igualdad entre hombres y mujeres se ha polarizado progresivamente. Por un lado, están quienes ven con desconfianza los Objetivos de Desarrollo Sostenible y el lenguaje de la igualdad de género, por temor a una posible deriva ideológica; por el otro, quienes adoptan categorías y herramientas sin desarrollar una reflexión crítica. El Instituto de Altos Estudios sobre la Mujer opta por entrar en el debate internacional con una perspectiva inspirada en la tradición cristiana pero abierta al diálogo con académicos, profesionales e instituciones de diferentes contextos culturales y religiosos. Una perspectiva que sitúa en el centro a la persona, el valor de las relaciones, la dignidad del trabajo y el reconocimiento de las diferencias como riqueza.

Acceso al mercado laboral

La decisión de comenzar por el ámbito laboral no es casual. Algunos de los desafíos más importantes se concentran en el mundo profesional: el acceso de las mujeres al mercado laboral, las oportunidades de crecimiento, el apoyo a la maternidad y la paternidad, la calidad del empleo, el equilibrio entre la vida laboral y personal, y las transformaciones derivadas de la digitalización. El seminario parte de la premisa de que el trabajo de las mujeres representa un recurso indispensable no solo para el crecimiento económico, sino también para la calidad de las organizaciones e instituciones. Superar los obstáculos que aún limitan la plena participación de las mujeres requiere el compromiso compartido de las políticas públicas, las empresas y la sociedad civil, junto con la capacidad de replantear los modelos organizativos para adaptarlos mejor a la realidad contemporánea.

Se prestará especial atención a la relación entre trabajo y paternidad/maternidad. Durante años, la maternidad y la carrera profesional se consideraron inevitablemente incompatibles; sin embargo, hoy en día existe una creciente

necesidad de modelos organizativos más flexibles, capaces de reconocer el valor de las experiencias de cuidado y las habilidades que estas desarrollan, incluyendo el liderazgo. El valor añadido de la iniciativa reside también en la calidad y diversidad de sus participantes. Economistas, abogados, filósofos, sociólogos, directivos, periodistas, expertos en política laboral y representantes de organizaciones internacionales de Europa, África, Asia y América se darán cita en Roma.

La conferencia será inaugurada por sor **Alessandra Smerilli**, economista, Prefecta del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral. La acompañarán





Brenda Akia, miembro del Comité de las Naciones Unidas para la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer (CEDAW); **María Caridad Araujo Moreno**, economista del Banco Interamericano de Desarrollo; **Vincenzo Bassi**, presidente de la Federación de Asociaciones de Familias Católicas en Europa; **Iris Bohnet Zürcher**, profesora de la Escuela Kennedy de Harvard; **María Cruz Díaz de Terán**, profesora de la Universidad de Navarra; **Andrea García Beltrán**, experta en innovación digital y ciberseguridad; **Catherine Hadechini**, gerente internacional de Foundever; **Ulrike Haider-Quercia**, profesora de derecho público comparado; **Astrid Lobo Gaijwala**,

médica y bioeticista india; **Marcella Mallen**, presidenta de la Alianza Italiana para el Desarrollo Sostenible (ASviS); **Agnieszka Piasna**, investigadora del European Trade Union Institute; **Emanuela Pozzan**, experta en la Organización Internacional del Trabajo; **Nora Ramos**, economista argentina; **Begoña Rodríguez Díaz**, profesora de la Universidad Francisco de Vitoria; **Luz María Sierra**, redactora jefe del diario colombiano *El Colombiano*; **Tea Trumbic**, directora del informe *Women, Business and the Law* del Banco Mundial; **Albertine Tshibilondi Ngoyi**, filósofa y socióloga congoleña; **Natalia Valenti**, directora de Microsoft Italia; **Joan C. Williams**, funda-

dora del Centro de Derecho Laboral y Familiar de la Universidad de California; **Vera Zamagni**, economista e historiadora económica; y **Riccarda Zezza**, emprendedora social y fundadora de Lifeed.

Las siete mesas redondas estarán dirigidas por cinco moderadoras con años de experiencia en investigación, formación y promoción del liderazgo femenino: **Marta Rodríguez Díaz**, filósofa, profesora del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum y coordinadora de los departamentos académicos y de investigación del Instituto de Estudios Avanzados sobre la Mujer, donde se ocupa de la antropología de la diferencia sexual y el diálogo con la cultura contemporánea; **Adele Ercolano**, coordinadora del departamento cultural del mismo instituto, que organiza actividades científicas y difunde información sobre temas relacionados con la valoración de las contribuciones de las mujeres; **Anita Cadavid**, directora del Instituto de Estudios Avanzados sobre la Mujer, promotora de numerosos proyectos internacionales dedicados a la colaboración entre mujeres y hombres en la sociedad, en el trabajo y en la Iglesia; **Sofia Bergoglio**, representante de la Red Internacional de Mujeres Líderes, una red internacional comprometida con la formación y la creación de redes entre mujeres líderes; y **Alice Bresolin**, investigadora del Instituto de Estudios Avanzados sobre la Mujer, involucrada en proyectos de investigación y cooperación internacional dedicados al liderazgo, la formación y la participación femenina.

Escucha y diálogo

En un momento en que el debate sobre la igualdad puede ser una confrontación de posturas opuestas, esta iniciativa se centra en la escucha activa, el diálogo riguroso y la investigación compartida. El objetivo es contribuir a una reflexión que vaya más allá de los eslóganes, centrándose no solo en los derechos y las oportunidades, sino también en la calidad de las relaciones, el valor de la diversidad y los modelos de desarrollo que combinen crecimiento económico, justicia social y dignidad humana. Esta perspectiva concierne a la sociedad en su conjunto, porque nuestra concepción del trabajo, la familia, el cuidado y la participación dice mucho sobre el futuro que estamos construyendo. La iniciativa contará con el apoyo de *Donne Chiesa Mondo*, socio mediático del proyecto, cuyo Comité Directivo incluye a Marta Rodríguez, quien dará seguimiento a la evolución y el debate del proyecto.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento